

PERDÓN, ¿ESTE ES EL SIMPOSIO?

Alejandra Micaela Falcón Leiva
Universidad Nacional del Nordeste
alejandrafalcon0605@gmail.com

Luciana René Pasetto
Universidad Nacional del Nordeste
lucianapasetto23@gmail.com

En 2024, como alumnas de segundo año de la carrera Profesorado en Letras, inexpertas en nuestro primer año como tutoras en una materia recientemente aprobada, Lengua y Cultura Latinas, no muy cercanas a los profesores ni a los becarios del proyecto de investigación, entrábamos todos los martes con timidez disimulada –según creíamos– en la oficina de Clásicas de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Nordeste.

En este contexto de experimentación ansiosa fuimos invitadas a asistir al XXVIII Simposio Nacional de Estudios Clásicos (SNEC), organizado por la Universidad Nacional de Salta (UNSa) y la Asociación Argentina de Estudios Clásicos (AADEC), a llevarse a cabo en la ciudad de Salta, en el mes de septiembre.

Alegres por la oportunidad ofrecida imaginamos, en un primer momento, que viviríamos experiencias únicas, que nos permitirían conocer y profundizar en un mundo que no dejaba de resultarnos fascinante. Sin embargo, poco tiempo después de recibida la noticia, el miedo a lo desconocido nos abrumó; lejanas, física y mentalmente al ámbito de los estudios clásicos, pensábamos que era un universo al que no pertenecíamos, ya sea por la falta de experiencia, por la ignorancia que nos atribuíamos o por la idealización de figuras extrañas, eruditas, los famosos “sabios contemporáneos”. Movidas por estos temores, nos imaginamos un ámbito de seriedad y de formalidades extremas; un lugar en donde el humor, el lenguaje cotidiano y la confianza no tendrían lugar, donde las discusiones no irían más allá de los temas de tesis doctorales o de investigaciones científicas. Con este imaginario en la mente, y tratando de atiborrarnos de siglos de conocimientos sobre el mundo antiguo en pocos meses, leíamos compulsivamente todos los libros que encontrábamos, aunque sin mucho análisis, y proyectábamos conversaciones sobre Virgilio, Catulo y Ovidio con “seres gigantes”.

Se sorprenderán, tal como nos pasó a nosotras, de que nada fue como nos lo imaginábamos...

Cuando empezamos a planificar el viaje con los profesores y becarios, de a poco, las dudas que nos habían carcomido durante meses se fueron esfumando. Después, durante las largas horas de travesía de Resistencia a Salta, fuimos ganando confianza, entre mate y mate, bizcochos y charlas. Todo se tornó cálido, conocido y hasta un tanto familiar, mientras parábamos para cargar nafta e ir al baño y contemplábamos tras los vidrios, pueblos y paisajes coloridos. En este periplo, fuimos privilegiadas compañeras de viaje de uno de los personajes más importante del Simposio: el querido “cañón del Chaco”, expresión con la que las organizadoras llamaron al proyector que llevábamos para usar en las distintas actividades. Durante su

estadía en Salta, lo cuidamos más que cualquier cosa, lo llevamos “a upa” como a un niño mimado, lo cubrimos de la lluvia con nuestros abrigo y lo vigilamos, cautelosas, todos los días.

Luego de horas de viaje, las montañas nos saludaron, indicándonos que habíamos llegado al destino, con los oídos tapados y el sueño en los párpados. Salta, con sus habitantes y sus colores, nos recibía una cálida tarde de primavera.

Después de un corto descanso, casi sin darnos cuenta, nos despertamos en el primer día del Simposio. Los nervios nos acompañaban mientras desayunábamos en silencio e intentábamos despabilarnos; la profesora nos hablaba tranquila. Salimos sin saber bien a dónde nos dirigíamos, por un sendero que aprenderíamos de memoria luego de unos días. Finalmente habíamos llegado al Simposio.

Con la cabeza gacha, pegadas a la profe como si fuera un escudo, nos introdujimos en el evento. Rostros alegres, reencuentros de amigos, risas. ¿Es esto un Simposio? nos preguntábamos, pensando que nos habíamos equivocado de lugar. Al revisar los carteles de la puerta, nos aseguramos de que sí, era un congreso de estudios clásicos. Es más, era el “SIMPOSIO NACIONAL DE ESTUDIOS CLÁSICOS” (con mayúsculas). ¿Puede ser que esta escuela, con café y galletitas en una mesa larga, sea el lugar serio y temeroso que habíamos imaginado?

Ya desde el ingreso, fuimos conociendo rostros y voces amigables, que se sentirían familiares con el paso de los días. En este clima, la mañana pasó muy rápida, entre charlas sobre sátiros y novelas latinas; y nosotras fuimos entendiendo la modalidad de nuestro querido simposio.

Al mediodía, haciendo honor a su nombre (*sympósion*), las autoridades organizaron un banquete al más genuino estilo griego. Rodeadas de comida, vinos, copas y tuteos, nos adentramos, sintiéndonos un poco intrusas, en un entorno de reunión y dispersión. Por momentos, se sentía como un encuentro de amigos, donde el cruce de voces era cada vez mayor y las risas y conversaciones llenaban los espacios de un clima amistoso.

Con el transcurso de los días, acompañadas no solamente por los profesores, sino también por compañeros de la Facultad, aquellos seres que antes eran solo nombres que habíamos leído en la portada de libros o artículos, se presentaron como personas ante nosotras. Guillermo de Santis, sentado, hablaba sobre los sátiros en Sófocles, mientras se reía; Cecilia Colombani leía, con dulzura y tranquilidad, sobre mujeres asesinas y, al finalizar, nos saludaba con una sonrisa sin distinciones; Gabriela Marrón hacía reír al auditorio charlando sobre los temas más complejos de lírica latina. Estos, que para nosotras escribieron “sagradas escrituras”, a quienes imaginábamos como dioses olímpicos, tenían la misma forma que nosotras, quizá incluso nervios similares antes de exponer. En cada tartamudeo o temblor de manos vislumbrábamos poco a poco lo humano de cada uno, quitándoles al momento el rigor gigantesco que les habíamos otorgado.

Descubrimos también formas descontracturadas de hacer investigación, con temas y objetos muy variados. Lo que desde afuera puede parecer absolutamente académico y sobrio, se vuelve accesible y cercano gracias a recursos como memes, series y aplicaciones digitales. ¿Imaginaron alguna vez un meme de Messi en una investigación? Bueno... nosotras tampoco. Pero allí estaba. Se revelaban también para nosotras los placeres, sensaciones, pasiones, emociones y sentimientos provenientes de ese mundo antiguo y de sus producciones, tal como proponía el lema de este Simposio, y que, sin dudas, siguen llegando hasta nosotros.

Además, el simposio nos permitió conocer diversas líneas de investigación e instituciones. Estas conexiones abrieron la posibilidad de repensar lo que estudiamos desde una perspectiva diferente, anclada en el contexto regional. Conocimientos federales y extranjeros (Portugal, Brasil, España, Uruguay) se interrelacionaron para dar lugar a una diversidad de ideas y formaciones. Los

investigadores compartían con entusiasmo lo que sabían y escuchaban con atención aquello que quizás aún no habían explorado. Nosotras, por ejemplo, tuvimos el agrado de conocer más sobre investigaciones que se llevan adelante en otras universidades nacionales, como la Universidad Nacional del Sur, la Universidad Nacional de La Plata o la Universidad Nacional de Cuyo.

En este espacio profesional, el saber cotidiano no solo está permitido, sino que es escuchado y retomado en las investigaciones. No hay censura ni desprecio, incluso cuando las opiniones sobre un mismo tema son diversas. Voces y puntos de vista se encontraban en un mismo lugar; al compartir miradas distintas, nos sentimos parte de un saber plural que integraba todas las perspectivas. Nuestras propias opiniones, que creíamos poco válidas, fueron escuchadas y formaron parte del conocimiento sobre el mundo clásico.

Por las noches, después de intensas jornadas de trabajo, nos reuníamos a cenar en la famosa calle Balcarce, en el centro de la ciudad. Sus luces, su música y su vida congregaban a turistas alegres que disfrutaban de peñas en vivo y platos típicos salteños. En ese marco más distendido, mientras descubríamos la cultura salteña, compartíamos conversaciones con profesores y estudiantes. Los investigadores nos incentivaban a entrar en este universo académico, respondían nuestras dudas y nos tranquilizaban contándonos sus primeras experiencias... incluso riéndose de sus antiguos temores.

Las experiencias, las charlas, el vino y el cocido –en fin, el banquete– disiparon nuestros miedos iniciales y nos permitieron disfrutar, con autenticidad, de un espacio diferente que contrastaba con lo que habíamos imaginado. Las personas eran amables y atentas, el trato profesional pero abierto, y las relaciones se construían sobre intereses comunes. Las discusiones se daban con respeto y atención. En este encuentro nacional de amigos, disfrazado de congreso, cualquiera puede sentirse cómodo y acogido. Viéndose reflejados en los estudiantes, los investigadores más experimentados transmitían calma, compartían vivencias similares y alentaban a insertarse con entusiasmo en el mundo de la investigación clásica.

Haber participado de este evento nos permitió vivir una experiencia profesional única y enriquecedora, para comenzar a transitar el mundo académico con pequeños pasos. Estas fueron algunas de nuestras vivencias y sensaciones durante una semana colmada de experiencias inolvidables. Esperamos que, con este relato, hayamos logrado desmitificar al menos una parte del mundo académico y profesional que nos espera como futuras licenciadas y profesoras.